

«NECESITAMOS HÉROES CIVILES»

El director ejecutivo de la Cámara de Comercio, Industria y Servicios de Caracas no desvía el debate cuando se le plantea la responsabilidad del sector privado en los acontecimientos políticos de la Venezuela contemporánea. Sin embargo, precisa que ningún error o práctica empresarial indebida puede servir de pretexto para la eliminación sistemática de la propiedad privada de los grandes medios de producción.

VÍCTOR MALDONADO es hombre de acción, pero también de palabra. Más específicamente, de palabra escrita. Es un articulista prolífico y combativo que mantiene un blog en los espacios virtuales de Noticiero Digital, pero también dos leídas columnas de opinión en *El Mundo* y *Correo del Caroní*.

Quizás la afición a la concatenación de palabras e ideas es la causa principal de que su análisis del acontecer político y económico se centre en las deficiencias narrativas de la sociedad. La autoestima nacional sólo conoce los éxitos de peloteros, reinas de bellezas y orquestas sinfónicas infantiles. No hay quien entone las glorias de las restantes manifestaciones culturales, sólo comprendidas si vienen codificadas en clave de derrota. Letras trágicas que parecen más cercanas a un tango que a la reciedumbre de la música llanera.

Ramón Piñango y Rafael Jiménez Moreno, de *Debates IESA*, se reunieron con Víctor Maldonado para conocer su opinión sobre las múltiples aristas de la compleja realidad venezolana. Lo que sigue es un extracto de esa conversación:

Debates IESA: A una persona que trabaja en el mundo de la empresa privada sin estar directamente

en una empresa privada, ¿qué impresión le producen las circunstancias actuales? ¿El desencuentro existente entre el gobierno nacional y la dirigencia empresarial cambiará en el mediano plazo?

Víctor Maldonado: El carácter inédito de los tiempos actuales se expresa en el hecho de que, por primera vez en la historia de nuestro país, los acontecimientos políticos afectan gravemente el desempeño de las empresas, y entorpecen el desarrollo de la actividad productiva y comercial.

Actualmente, como sociedad nos encontramos en pleno proceso de metabolización de lo que significa la reducción y aniquilación de la iniciativa privada. Es verdad que en el pasado hubo múltiples desavenencias entre los gremios empresariales y los gobiernos de turno; pero esta es la primera vez que el desencuentro ocurre sin «reglas de juego» e incluso sin «terreno de juego». Es un conflicto casi que a muerte, un verdadero juego suma cero...

¿No resulta exagerada la metáfora del combate a muerte?

En mi opinión, no. El gobierno plantea en documentos oficiales, como por ejemplo el Plan Socialista Simón Bolívar 2007-2013, disolver la propiedad privada de los medios de producción, mediante la creación y entrada en vigencia de nuevas formas de propiedad social. Aunque el debate parezca nuevo, al revisar las reformas planteadas vemos resucitar el viejo dilema histórico de Venezuela: escoger entre el capitalismo de Estado, con crecientes medidas intervencionistas que lo vincula con el socialismo, y un sistema capitalista de economía de libre mercado. De lo preocupante que puede resultar el entorno político de nuestros días da buena cuenta la mesa directiva de la Cámara de Comercio, Industrias y Servicios de Caracas, donde tenemos un director en el exilio y a otro director preso; eso por no mencionar que, hace ya un año, tuvimos a un director secuestrado.

Vivimos en carne propia la turbulencia de la realidad venezolana. De nuestra base de afiliados hemos visto desaparecer las empresas más importantes del país, simplemente porque, tras haber sido estatizadas, han perdido la constitución accionaria que las mantenía atadas a las discusiones y políticas comunes del mundo gremial privado.

En estas organizaciones ya no hay intereses empresariales que defender.

Pero hablamos prácticamente de una conflagración.

Yo lo veo así. Entre el gobierno y la dirigencia gremial del sector privado ya no hay comunicación. Una situación indeseable que trae a mi mente el concepto de comunicación imperfecta, muy en boga durante la denominada «guerra fría». A ambos nos toca adivinar cuál será la próxima jugada del otro sector.

Basados en ese marco referencial, algunos sectores pudiesen alegar que existen empresas que, a la luz de sus desempeños financieros, sí han logrado adivinar el juego estratégico del gobierno, y debido a esta circunstancia no sólo han sobrevivido sino que incluso han reportado importantes ganancias.

Cuando, en su libro *Eichmann en Jerusalén*, Hannah Arendt analiza el papel jugado por los dirigentes de la comunidad judía en los terribles años cuando el régimen nazi ejecutó su política genocida de la solución final, la filósofa alemana nos advierte: «Los que organizan la cola en los campos de exterminio no se salvan, sólo consiguen entrar de último al festín de la aniquilación».

Discursivamente ha pasado de la metáfora a una comparación terrible.

Por supuesto que es terrible, pero los estudios estadísticos sobre el número de empresas no nos permiten plantearnos escenarios idílicos. El siglo XXI comenzó con más de once mil empresas manufactureras, y en la actualidad queda un poco más de la mitad. En cuanto a la cantidad de establecimientos comerciales, pasamos de setecientos mil a quinientos mil. Las cifras revelan que no solamente ha habido una desaparición de empresas, sino además una contracción constante en los ingresos de la mayoría de las compañías sobrevivientes.

A lo anterior debemos agregar las crecientes dificultades para ejercer el activismo gremial. Hemos perdido presencia y voz. Fernando Morgado, presidente de Consecomercio, tiene razón cuando señala que los habitantes de Caracas no pueden imaginar la magnitud de la tragedia que viven las industrias y comercios del interior del país.



TÁNATOS VS. LIBIDO

¿Es llenado por alguien el vacío que se crea al reducirse la actividad productiva?

Sí, por un Estado que se ha dedicado a fomentar las importaciones y a construir en la práctica una «economía de puertos». Con seguidos y crecientes endeudamientos, el gobierno compra en el exterior todo aquello que se niega a impulsar en el circuito económico nacional. Por ejemplo, vemos cómo celebran, con bombos y platillos, la firma de un acuerdo con Bielorrusia para la construcción de cincuenta mil casitas.

Esto es un golpe para el sector venezolano de la construcción, cuyos empresarios siempre han estado dispuestos a negociar con el gobierno grandes acuerdos para la edificación de casas y complejos residenciales.

La verdad es que aquí no se mueve un solo dedo para facilitar la inversión nacional. Las señales emitidas por los altos funcionarios son negativas en relación con la propiedad privada. Baste mencionar la política de estatizaciones. En un marco macroeconómico de estanflación es inevitable pensar lo mucho que como país nos hubiese ayudado que la edificación de cincuenta mil casitas, en urbanizaciones populares, hubiese sido

Fotografía: Cincopuntos.es

encargada a empresarios y trabajadores venezolanos del sector construcción.

Es imperativo pasar de esta etapa destructiva y confiscatoria a una etapa constructiva y conciliatoria. El arquitecto y escritor venezolano Federico Vegas señaló que Venezuela, como cuerpo y ser social, debe pasar del tánatos (impulso de muerte) a la libido (impulso de vida) porque nos estamos consumiendo en pasiones destructivas como el odio, la envidia y el resentimiento. Sin embargo, debo aclarar que no es por falta de propuestas positivas que nuestro país transita este camino de violencia y destrucción.

Cada vez que uno de los gremios empresariales elige una nueva junta directiva, el mensaje de las autoridades entrantes hace énfasis en la necesidad del diálogo y la inclusión social. No entendemos cómo un Estado puede plantearse la eliminación de un sector privado que genera empleos, produce riquezas y cumple con un papel importante en la sociedad. Ninguno de los dirigentes empresariales aboga por la ausencia del Estado en la vida económica. En este momento del país, sería contraproducente una hegemonía del mercado. Hay que buscar un sano equilibrio entre un Estado que vele por el cumplimiento de los fines sociales y un mercado que establezca las condiciones necesarias para la prosperidad económica.

¿Por qué razón no se adoptan en Venezuela políticas gubernamentales de consenso?
¿Por qué se respira esta atmósfera de conflictividad exacerbada?

En el fondo hay un tamiz ideológico que no podemos negar. En los últimos doce años se han envilecido muchas intenciones gubernamentales de redención social. Este proceso de radicalización coincide con una marcada lectura del marxismo elemental, aquel presente en textos de Marx, Lenin, Trotsky y otros divulgadores de las teorías comunistas

como, por ejemplo, la chilena Marta Harnecker. Esta aproximación radical a una ideología colectivista no ha sido debatida con el país.

La administración actual ha comprado lo esencial del marxismo; esto es, promover el socialismo como un proceso político previo a la adopción del comunismo, el cual supone, fundamentalmente, la erradicación de la propiedad privada de los medios de producción y la imposición de nuevas formas de organización

«En el pasado hubo múltiples desavenencias entre los gremios empresariales y los gobiernos de turno; pero esta es la primera vez que el desencuentro ocurre sin “reglas de juego”»

popular basadas en comunas, agrupaciones que son vistas como la nueva célula fundamental de la sociedad. Esta es la base del actual desencuentro entre el gobierno y la mayoría de los venezolanos.

¿Pero la base del actual desencuentro no radica más bien en la comisión de algunos pecados graves por parte del empresariado venezolano? ¿No estaremos pagando, acaso de un modo desmedido, los errores del pasado?

Los sucesos de abril de 2002...

Quisiéramos remontarnos mucho más atrás de los sucesos de abril de 2002. Por ejemplo, los supuestos pecados de las empresas de la «cuarta república», con sus tasas de ganancia desmedidas en comparación con los patrones internacionales.

Aunque esas versiones hayan sido ciertas, eso no justifica acabar con la empresa privada.

Pero la necesidad de combatir ese «desmedido» espíritu de lucro de la empresa privada ha sido una de las banderas de reivindicación

social levantadas por el gobierno revolucionario.

Personalmente, no le conferiría a lo que se ha hecho una racionalidad tan justiciera. Cuando analizamos el discurso observamos que los argumentos y postulados asociados con la noción de justicia no están presentes. En cambio, sí apreciamos apelaciones constantes a una suerte de resentimiento social, que se resume en la historia de un pueblo

siempre olvidado y burlado. Los empresarios venezolanos nunca nos hemos negado a abordar el tema de la pobreza. De hecho, las autoridades gremiales han planteado soluciones y salidas.

Insisto en que no me parece razonable que por la existencia de una exorbitante tasa de ganancia, que al fin y al cabo la sociedad de su tiempo aceptó, se proceda a liquidar cualquier vestigio de iniciativa privada en el comercio y la industria.

SIN LUCHA DE CLASES

La sociedad que toleró esos supuestos abusos empresariales era una sociedad débil. Ahora el gobierno nos habla de una sociedad fortalecida por una conciencia revolucionaria y una gran capacidad de organización.

Aquí el único sector de la vida nacional que se ha fortalecido es el Estado. Jamás la sociedad ni las iniciativas privadas que le dan vida al tejido empresarial y productivo del país. Cada día asistimos a una negociación muy precaria y desigual entre un Estado fortalecido por la renta petrolera y un sector civil menguado en sus derechos y recursos de subsistencia.

EMPRENDEDORES VENEZOLANOS: ¿CÓMO CONVIRTIERON SUS SUEÑOS EN REALIDADES?

FEDERICO FERNÁNDEZ Y REBECA VIDAL



Ediciones



0212-555.42.63
edies@iesa.edu.ve

Diez historias exitosas de iniciativa empresarial ofrecen una visión práctica de las claves para convertir sueños en realidades. Más que fórmulas mágicas, los autores presentan una gama de opciones para facilitar la compleja tarea de crear y llevar adelante un negocio propio. El mérito de los emprendedores que protagonizan estos relatos de éxito y compromiso personal reside en el adecuado balance entre oportunidad, recursos y equipos, pero también en la comprensión de las realidades del entorno venezolano.

No puede existir una reivindicación de las luchas sociales desde el Estado, cuando sufrimos el fortalecimiento de la política del garrote y la imposición.

Me niego a leer e interpretar la historia venezolana en términos de la lucha de clases. Los errores son colectivos, de incumbencia general, y no deben entenderse como exclusivos de determinadas clases sociales. Por ejemplo, hay muchas personas que se manifiestan contrarias al modelo que sigue el régimen, y sin embargo salen rápidamente a comprar cualquiera de los bonos que financian las políticas estatistas del gobierno. Con esto lo que quiero subrayar es el precario marco de relaciones que se da entre un Estado voraz y autoritario y una sociedad civil debilitada y llena de miedo.

A mi juicio, son muchas las medias verdades que empañan la justa apreciación de los empresarios venezolanos. Por ejemplo, se critica el hecho de que las empresas fueron, supuestamente, amantadas por el Estado puntofijista y favorecidas por décadas de políticas proteccionistas. Es obvio que en cualquier lugar del mundo los emprendedores y hombres de empresa se aprovechan de aquellas medidas gubernamentales que abaraten su estructura de costo y refuercen su competitividad en los mercados. Pero me niego a creer la tesis del Estado secuestrado por una camarilla de insaciables empresarios, que gobernaban en virtud de sus intereses de clase y en abierto perjuicio del resto del país.

En Venezuela nadie discute que existió un gran festín de riqueza petrolera, del cual participaron los empresarios, pero también otros sectores de la sociedad. En medio del frenesí vivido por todos aquellos que buscaban beneficiarse de la riqueza petrolera costaba mucho creer que se gestaba, lentamente, una amenaza fatal contra la empresa privada. Ninguno creyó en la posibilidad de que un gobernante se planteara, como plan de acción, la eliminación de la propiedad privada de los medios de producción. Muchos analistas alertaron sobre nuestra actual situación, pero ninguna de esas voces fue tomada en serio. Costaba creer que el agente que había propiciado tan fabuloso crecimiento económico sería el mismo que encabezaría el proceso de aniquilación de la iniciativa privada.

El panorama de perenne conflictividad luce preocupante. ¿No existe una rendija por la cual pueda colarse la comunicación y el entendimiento?

Hay imágenes que me resultan perturbadoras. Hay empresarios que han tratado de comprar un seguro de vida con políticas de responsabilidad social empresarial. Otros empresarios, en cambio, le venden a precios módicos leche, arroz y otros alimentos a Mercal. Pero la tenebrosa realidad venezolana ha demostrado que ninguna de estas estrategias ha resultado efectiva a la hora de escapar del plan de aniquilación de la propiedad privada de los medios de producción. No se trata de persecuciones individuales. Estamos en presencia de un verdadero proyecto de transformación de la sociedad venezolana.

EXPROPIACIONES

Como sociedad hemos asistido a diferentes modalidades de estatización de las empresas privadas. Por ejemplo, el Estado nacionalizó la cadena Éxito, pero luego acordó con los antiguos propietarios franceses la delegación de la administración de los hipermercados.

Efectivamente, se les dio un trato idéntico al ofrecido a las empresas internacionales cuando Pdvsa tomó el mando de los negocios petroleros. Hablamos del mismo esquema: el Estado concede a las empresas extranjeras una

«El Estado se ha dedicado a fomentar las importaciones y a construir en la práctica una “economía de puertos”»

participación accionaria minoritaria y les invita a acompañar, por cierto tiempo, la gestión de las empresas. A partir de este tipo de experiencia, nosotros como sociedad hemos podido comprobar que el dinero puede adquirir casi todo, pero no puede comprar ni la mística ni el talento.

El gobierno ha renunciado al talento nacional. Se nacionalizan seis galpones porque el Ejecutivo piensa que con esta acción garantiza el éxito de la política de distribución de alimentos, pero con el paso del tiempo descubre la verdad: que los beneficios asociados a la tenencia de seis nuevos galpones sólo tienen sentido y valor si permanece activa una plantilla de gerentes y empleados motivados. El *know how* no es transferible. Cuando se trata de la motivación, la disposición y el compromiso de la gente, el *know how* es un acto personalísimo.

La transferencia del conocimiento no se logra con el ejercicio de la fuerza y la represión. En estos asuntos no se puede actuar de manera autoritaria. No se puede expropiar sin detenerse a pensar en el drama humano de grupos familiares que quedan desempleados de la noche a la mañana.

Podría argumentarse que, cuando botan a parte de su personal, las empresas privadas tampoco piensan en el drama humano de grupos familiares que van a pasar hambre o se van a quedar en la calle.

Es verdad, el sector privado incurre en despidos, pero las grandes empresas toman medidas para que los trabajadores desincorporados puedan paliar, mediante mecanismos honrosos de salida, los efectos de la pérdida del empleo. Iniciativas como los *outplacements*, los *outsourcings* y las «cajitas felices» son políticas impulsadas para ayudar a mitigar el alto costo social del desempleo. Yo soy testigo de la conciencia social del empresario venezolano.

Ahora, no podemos perder de vista que las empresas venezolanas se mueven en un contexto de negocios que impone, como verdaderos mandatos, la competitividad y la productividad. Esto implica una preocupación constante por la excelencia, por la generación de flujos de ingresos que permitan honrar los

salarios y los beneficios socioeconómicos de los trabajadores, pero también las aspiraciones de lucro bien habido de los accionistas.

Particularmente siento que una de las circunstancias que más «ruido» ha causado en la opinión pública es que el Estado, en cada una de sus intervenciones en la actividad económica, ha prescindido del análisis costo-beneficio. La toma de decisiones del gobierno abandona la lógica económica, y obedece pura y simplemente a una voluntad arbitraria, a un «a mí me da la gana» portentoso.

LA RIFA

¿Realmente se puede hablar de intervenciones arbitrarias? ¿No guardan acaso relación lógica

con un proyecto ideológico muy concreto?

Calificamos de arbitrarias a las intervenciones oficiales en la medida en que el Estado venezolano no negocia con el otro.

¿Por qué razón un Estado revolucionario tendría que negociar la construcción de una nueva sociedad con factores del pasado?

Porque es una exigencia que plantea el juego democrático. No se puede pretender construir una sociedad al margen de la sociedad...

Una democracia puede plantearse algunos miramientos con la oposición, pero una revolución no tiene por qué hacerlo.

Esa línea de pensamiento nos aclara entonces el panorama. Las revoluciones de extrema izquierda no son democráticas. Luego, como no vivimos en una democracia, los ciudadanos no tienen por qué esperar acuerdos, debates y negociaciones.

Ante la difícil situación actual, la sociedad civil debe exigir permanentemente, y acaso contra toda esperanza, el respeto a la Constitución; una Carta Magna que, siempre es bueno aclararlo, no concibe la revolución, no aboga por la adopción del marxismo leninismo y no consagra la eliminación de la propiedad privada de los medios de producción. La Constitución venezolana ordena el respeto al Estado de Derecho y el fomento y la integridad de la propiedad privada. Pero aquí sucede todo lo contrario: derechos humanos como la libertad de expresión y la iniciativa empresarial son olímpicamente irrespetados, bajo la excusa de que en Venezuela se lleva a cabo una revolución.

La raíz fundamental de nuestro desencuentro con el régimen radica en el hecho de que los hombres y mujeres

de empresa nos vemos reflejados en una Constitución que nos da oportunidades y nos pone límites. Hoy experimentamos, lamentablemente, una rea-

«Ninguno de los dirigentes empresariales aboga por la ausencia del Estado en la vida económica. En este momento del país, sería contraproducente una hegemonía del mercado»

lidad donde los empresarios honrados y críticos no tenemos ninguna oportunidad; pero sí en cambio una pesada carga de amenazas y obligaciones.

El gran mandato oficial no es luchar contra la inseguridad que afecta a las personas y a sus bienes, no es combatir a los carteles de narcotráfico y los grupos guerrilleros, no es resguardar la soberanía nacional, sino acosar y reducir a la empresa privada, ir contra sus productos, invadir sus instalaciones y destruir sus equipos. No se ha tomado conciencia de que aniquilar la propiedad privada y la iniciativa empresarial equivale a socavar un talud que mantiene retenido a un territorio inestable: la tierra le caerá encima a aquel que se proponga el despropósito de derrumbar el talud.

Sin exageraciones de ningún tipo, vivimos una situación muy preocupante. En la Venezuela de nuestro tiempo, las relaciones están planteadas en términos de sobrevivencia. El gobierno ha asignado a cada uno de los empresarios un ticket para participar en una rifa realmente siniestra. Los premios son la expropiación, la cárcel y el descrédito público. No basta ser aliados, no basta comportarse bien. Lo terrible de las circunstancias actuales es que las empresas venezolanas no tienen ningún patrón de éxito al cual ceñirse. En el largo plazo, nadie está exento de ser arrestado, expoliado, exiliado o arruinado.

¿Considera posible la restauración de la legalidad y el Estado de Derecho?

No mientras esté vigente el Proyecto Nacional Simón Bolívar, que nos rige hasta el 2013. Este documento consagra la eliminación de la hegemonía

del sector privado en las actividades productivas consideradas como estratégicas. Los empresarios venezolanos aspiran a una rectificación del plan económico y la sustitución total de los funcionarios ejecutores de las medidas que nos han traído hasta este punto.

¿No sienten que están pidiendo demasiado?

Este reclamo, que puede lucir desproporcionado en las circunstancias actuales, en verdad es el requisito mínimo para restaurar la confianza. La esencia del problema es que nos hemos adentrado mucho en el proceso de eliminación de la actividad privada.

Yo me atrevería a pensar que hay personas con una ideología tan firme y precisa que se negarían a desandar el camino recorrido. Por eso, subrayo que no existen puntos de encuentro en el marco del Proyecto Nacional Simón Bolívar. En condiciones normales, nada une más a las partes que las conveniencias; de hecho, los aspectos pragmáticos nunca pierden su validez e interés. Pero no estamos en condiciones normales, sino de supervivencia.

CRITICAR, ZAHERIR Y DESTRUIR

¿Estas duras circunstancias no serán consecuencia de una antigua incapacidad para fortalecer las instancias representativas de la sociedad civil, entre ellas el sector de la empresa privada? ¿Venezuela no padeció, a lo largo del siglo XX,

ESTRATEGIAS EN TIEMPOS DE TURBULENCIA

MICHAEL PENFOLD Y ROBERTO VAINRUB



Ediciones



0212-555.42.63
edies@iesa.edu.ve

Venezuela presenta uno de los más borrascosos historiales económicos del continente. Sin embargo, un grupo significativo de empresas no sólo ha logrado navegar en medio de la turbulencia, sino también llegar a buen puerto. ¿Cómo lo hicieron? Este valioso compendio de investigaciones y ensayos divulgativos ayudará al lector a comprender no sólo cómo hicieron las empresas para sobrevivir, sino incluso cómo un puñado de ellas logró destacarse en un mercado tan incierto y volátil como el venezolano.

una cultura política fuertemente estatizante? De hecho, cuesta recordar una campaña publicitaria o una iniciativa de reconocimiento social que ensalzara el aporte de los grandes hombres de empresa, que los hubo y los hay en Venezuela.

Una vez participé en una discusión, promovida por el Banco Interamericano de Desarrollo, sobre la importancia de que los Estados de América Latina apoyasen, de manera entusiasta, los diferentes programas de iniciativa empresarial. Si nosotros revisamos los anales de la economía venezolana, podemos constatar que para el año de 1930, desde el punto de vista de su desarrollo humano, Venezuela era un país con una sociedad civil en proceso de construcción.

Con la irrupción política de Rómulo Betancourt, Rafael Caldera y Jóvito Villalba —los llamados padres de la democracia—, y el apoyo de los cuadros directivos del Partido Comunista, arranca un proyecto nacional de modernización. Ante la ausencia de un tejido empresarial, el Estado impulsa la formación de empresas y la creación de sindicatos. En Venezuela, el Estado funcionó como el partero de la sociedad civil. Los ciudadanos venezolanos, por razones de fuerza mayor, nos fuimos acostumbrando a vivir bajo el tutelaje estatal. A esto se agrega la larga lista de caudillos y militares que presidieron la mayoría de los gobiernos que hemos tenido desde los inicios de nuestra república. La sociedad civil venezolana, en términos históricos, es muy joven y dependiente del Estado. Sin embargo, estos rasgos no pueden ser esgrimidos como argumentos para justificar la destrucción de la esfera de la vida privada y la iniciativa empresarial.

En mi opinión, la colectividad venezolana extravió el camino en los años ochenta del siglo pasado, entre otros factores, por un exceso de tecnocracia y una opinión pública hipercrítica que fue incapaz de reconocer la importancia histórica de los logros. Este desconocimiento de la realidad contemporánea, que puede resumirse en la tesis, a todas luces falsa, de los cuarenta años perdidos de la Cuarta República, fue lo que sirvió de caldo de cultivo para la situación actual.

El olvido y el desconocimiento se traducen en una memoria histórica fragmentada, incapacitada para construir y divulgar, por ejemplo, el relato

biográfico de los grandes hombres de empresa. Eugenio Mendoza fue un gran capitán de empresas, pero en modo alguno fue el único. La consecuencia es que como sociedad nos cuesta reconocernos en héroes civiles. Uno de nuestros principales desafíos es dotarnos de una galería de héroes civiles, que modelen nuestras conductas públicas. Ya es hora de que aprendamos a ser narradores de lo positivo, de lo significativo, de lo motivador.

«No me parece razonable que por la existencia de una exorbitante tasa de ganancia, que al fin y al cabo la sociedad de su tiempo aceptó, se proceda a liquidar cualquier vestigio de iniciativa privada en el comercio y la industria»

Considero que hemos invertido gran parte de nuestro tiempo histórico en criticar, zaherir y destruir. Pienso, por ejemplo, en la reacción que tuvo el pueblo venezolano en relación con el rescate de los 33 mineros chilenos. Mientras la comunidad mundial se sumaba a la celebración de la exitosa operación de rescate, los venezolanos sólo encontraban, en aquel lejano episodio, un nuevo pretexto para denigrar de su gentilicio. En conversaciones de calle, pero también en los foros de las redes sociales, abundaban los chistes sobre el desastre que sería aquel rescate en manos de políticos, rescatistas o funcionarios venezolanos. Aquello se resumía en «los chilenos sí pudieron, nosotros no». En este sentido, la celebración venezolana siempre es muy patética.

¿Por qué no confiamos en nuestras capacidades?

En el fondo estamos pagando las consecuencias de no saber narrarnos como nación. La crítica exacerbada ha deformado la imagen que tenemos de nosotros mismos, hasta el punto de que la excelencia de nuestras prácticas y conductas no despiertan credibilidad. La sociedad venezolana es refractaria a la narrativa en positivo; pero, en cambio, es totalmente receptiva con cualquier relato del anecdotario del fracaso. Tanto las élites como el pueblo llano actuaron en función de una lógica de negación, de autodestrucción.

¿No habrá dentro del régimen actual personas con las cuales se pueda conversar, en términos razonables, sobre la necesidad de fortalecer al sector privado, de sumarlo como

aliado al objetivo de alcanzar mayores grados de desarrollo?

Los escasos contactos que hemos logrado con los funcionarios del gobierno se han interrumpido abruptamente, siempre por presión de una instancia superior. Estas conductas sólo pueden entenderse por la existencia de un Estado policial que exige a sus funcionarios una fidelidad absoluta. Desde esta perspectiva, siempre será peligroso

mantener relaciones con el empresario, un sector calificado como «antirrevolucionario».

Pero el presidente ha formulado un llamado al sector privado a fin de que lo ayude a superar el déficit en la construcción de viviendas.

El presidente ha sido insistente a la hora de expresar su preocupación por la falta de viviendas. Esta preocupación, que a mi parecer es auténtica, es la causa de que haya nacionalizado a las empresas cementeras y las empresas briqueteras. Sin embargo, con el acero, el cemento y las cabillas en manos del Estado, la situación ha empeorado.

El gobierno puede pronunciar hermosos discursos, pero el mensaje real a los empresarios privados de la construcción se puso de manifiesto con la expropiación del Sambil La Candelaria.

¿Entonces no hay esperanzas? ¿No existen puntos de encuentro?

El punto de encuentro es el cumplimiento de la Carta Magna. Los derechos, garantías y principios constitucionales plantean claramente, en su conjunto, las coordenadas de encuentro entre el Estado y el mercado, entre la esfera pública y la esfera privada.

¿Siente que la propiedad privada constituye un valor capaz de movilizar a la población venezolana?

No sé. Sinceramente, me duele mucho no poder afirmarlo. 